

LA POESÍA DE MARÍA VICTORIA ATENCIA: MÍSTICA DE LA REALIDAD

José Sarria

No resulta excesivo comenzar este artículo señalando que hacer alguna aportación original, singular o excepcional, acerca de la poesía de María Victoria Atencia es una tarea, como mínimo, comprometida, por no decir imposible. Se ha escrito y analizado tanto la obra de Atencia que apenas si queda algún flanco de su extensa obra que no haya sido tratado o estudiado.



La suya es una carrera plagada de los más prestigiosos premios a los que todo buen poeta aspira: Premio Andalucía y Nacional de la Crítica, Premio “Luis de Góngora” de las Letras Andaluzas, Premio Internacional “Federico García Lorca”, Premio de la Real Academia Española de creación literaria, Premio “Reina Sofía” de Poesía Iberoamericana, además de los nombramientos como Hija Predilecta de Andalucía, Medalla de Oro de la Provincia de Málaga, doctora *Honoris Causa* por la Universidad de Málaga o Autora del Año 2014 por el Centro Andaluz de las Letras.

Las investigaciones universitarias a este y a aquel lado del océano, las decenas de traducciones a más de doce idiomas,... en fin, eso que algunos torpemente identifican como la “gloria” o el “éxito”, es algo que atraviesa el transcurrir poético de nuestra autora. Algo de lo que siempre, he tenido la impresión, que María Victoria ha tratado de zafarse como ha podido.

Pero volviendo a la empresa que se me ha encomendado, quiero hacerlo comenzando con la cita de un fragmento que se encuentra en uno de los mágicos momentos de la novela “El Principito” del francés Antoine de Saint Exupéry. Allí encontramos este breve texto:

“- Adiós -dijo el zorro-. He aquí mi secreto. Es muy simple: no se ve bien sino con el corazón. Lo esencial es invisible a los ojos. **-LO ESENCIAL ES INVISIBLE A LOS OJOS** -repitió el Principito, a fin de acordarse”.

Pues bien, en el año 1977 recibí un envío de María Victoria Atencia para una antología que llevó a cabo el desaparecido suplemento cultural

“Papel Literario” (impreso). Se componía de una nota biobibliográfica, de una poética y de un grupo de poemas. De la nota biobibliográfica lo que más me llamó la atención, ya en aquel entonces, fue una línea que se confundía con el conjunto de publicaciones y méritos de la poeta. Era, muy posiblemente, el dato menos académico, el más informal, el menos erudito; pero Atencia no quería dejar escapar esta referencia, quizás para ella la más importante de todas; casi imprescindible, pues, a pesar de su aparente timidez, quiso que así constase: “Es piloto de aviación –subrayo- (“de las cinco orientaciones cardinales elijo / con pasión la del vuelo”)”.

“LO ESENCIAL ES INVISIBLE A LOS OJOS” –repitió el Principito, a fin de acordarse-.

Quince años después, en un profuso estudio que llevó a cabo María Dolores Gutiérrez Navas, Doctora en Filología Hispánica y Profesora de la UMA, he podido observar que sigue apareciendo, intacta, esta indicación que me hacía Atencia: “Es piloto de aviación”. En el estudio, la profesora Gutiérrez Navas señala que: “Le he mostrado estas páginas –refiriéndose a Atencia-. Le he preguntado si ella desea alguna corrección o precisión. No, no las quiere”. María Victoria desea que esa nota siga apareciendo, que se mantenga ese norte, que Polaris aparezca radiante en su curriculum.

“LO ESENCIAL ES INVISIBLE A LOS OJOS” –repitió el Principito, a fin de acordarse-.

Estas aparentes anécdotas, que como ya he señalado, pudieran parecer cuestiones de menor índole e intrascendentes, si se miran con los ojos de los dioses, bajo la atenta mirada que proporciona el dios Apolo o las musas Calíope, Clío o Euterpe, llegan a cobrar especial relevancia, porque **LO ESENCIAL ES INVISIBLE A LOS OJOS**.

Y lo esencial (de ahí el rastro que deja Atencia y que hay que seguir) es que su pasión por el vuelo no es más que la gran metáfora de su forma de concebir la creación poética. Existen en su construcción lírica dos cuestiones fundamentales que se identifican con esa otra gran pasión de surcar el firmamento:

- ✓ Uno, la independencia de corrientes o escuelas, la necesidad de sentirse independiente, de estar muy por encima de tendencias o de modas pasajeras
- ✓ Y dos, la reivindicación de la libertad para desde ella anular la temporalidad del momento, de la época, habiendo estado incluso en una sociedad, como la que le tocó vivir, en la que las señoritas tenían asignadas unas tareas, unas funciones concretas de las que se liberaba con el vuelo que le proporcionaba la lírica.

En uno de los magníficos estudios que sobre la autora ha llevado a cabo Sharon Keefe Ugalde, profesora de la Universidad del Southwest Texas State, podemos leer: “En la obra de Atencia el estremecimiento del vuelo anuncia la anulación de la temporalidad. La palabra poética lograda detiene el fluir del tiempo confundiendo el pasado y el presente y transformando la memoria en texto. Para la poeta la poesía es también la llave de la epifanía de la belleza y de la Plenitud de descubrir las esencias ocultas de la realidad. Contener el vuelo de la gentil oropéndola es una declaración metafórica de la poética atenciana: magnificar la belleza, parar el transcurrir de la vida, y traspasar los límites de este mundo.”

A pesar de los distintos estudios que sobre Atencia se han desarrollado, y a pesar de la innecesaria intención –por parte de algunos críticos- de situarla con relación a algún grupo o generación, es de destacar, en principio, su desubicación, tanto por la generación de su poesía, como por su muy personal estética. Atencia responde esencialmente a lo que sobre ella ha escrito la hispanista, de origen lituano, Biruté Cipliauskaité: “Es una voz muy personal, que no busca integración en ningún grupo”. En efecto, la poesía de María Victoria es la de una voz clásica, en el sentido atemporal del término, sin interés alguno por estar vinculada con un grupo o una estética dominante, sino que su compromiso es con la poesía misma. De ahí, posiblemente, que se produjera un lapso de 15 años, desde sus iniciáticos “Arte y parte” (1961) y “Cañada de los ingleses” (1961), hasta 1976, en que vieron la luz “Marta & María”, “Los sueños” y “El mundo de M.V.”(1978). Ese intervalo de silencio, es necesario, según la propia autora, como período de enriquecimiento humano, aprendizaje, formación e incompatibilidad con la poesía social predominante de los 60.

Su singularidad estriba en la fundación y defensa que hace de un mundo totalmente suyo, ajeno a tendencias o grupos, a través del cual va descubriendo poco a poco todo su ser. Esto se observa en poemas como el contenido en “Ex Libris” (1984): “Me asomo a las umbrías de cuanto en esta hora / dispongo y pueda darme su reposo: también / este mundo es el mío: entreabro la puerta / de su ficción y dejo que sobre este añadido / vegetal de mi casa, por donde los insectos / derivan su zumbido, se instale una paloma”.

Ahí, sumergida, subsiste la necesaria vocación de reivindicar su propio mundo, el real, el auténtico, ese que se instala con la imagen de la paloma, símbolo permanente de libertad; independencia que se alcanza con la experiencia del vuelo que se eleva por encima de caminos trazados, de marcas, de senderos preestablecidos y que el piloto deshace en el aire para crear, para trazar nuevas e inexploradas avenidas e itinerarios.

En aquel envío que me hacía Atencia se incluía una poética y en ella se podía leer lo siguiente: “He visto que suelo ocuparme de temas muy leves o aparentemente leves, por lo general sobre recuerdos de cosas o de sensaciones

muy anteriores; que no lo hago sobre algo que ocasionalmente me haya afectado con excesiva hondura; que me voy adentrando por el poema a partir de una reflexión –si puede llamarse así– que frecuentemente irá a parar a los versos finales, y que de una taza no me importan su asa o su cuenco, sino el vacío que la colma y al que debe su condición de taza, y me pregunto qué tengo yo de ella, y la miro con los ojos que la vieron los míos, si es que ellos no son yo misma en un tiempo que sólo en apariencia se sucede .../... De la poesía sólo sé que no se escribe por razonamiento, así es que carece de un proyecto previo. Sé que se sobrepone a su autor, porque rechaza cuanto sobra a su redacción exacta, con una voluntad distinta a la de quien la escribe; una voluntad de redacción que el autor debe, trabajosamente, descubrir. Sé que se abstiene de nombrar, porque habla de algo de lo que el autor no sabe el nombre, pero que el lector enteramente entiende aunque sin saber qué ha entendido. Y, especialmente, sé que no se alza desde la memoria personal, sino desde una memoria colectiva que viene desde el pasado, y que se anticipa también a lo que el hombre pensará, sentirá, temerá o creará cuando pasen muchísimos años .../... Lo que me conmueve de la taza, que he citado, es su adentro vacío, como representación de un hueco mayor y en el que es preciso adentrarse. El poema es un salto al vacío. Porque lo que busca la poesía es “anonadarnos” en esa especie de “nada” que no es una falta de consistencia sino de referencia”.

Esta línea creativa que plantea María Victoria, en la que el poeta necesitará eliminar las referencias, las apoyaturas, los mundos conocidos, para poder interpretar desde el aire esos otros mundos que se encuentran en el vacío de la taza o, como lo describiera Jung: “la aventura de alcanzar a ese alguien que hay dentro de cada uno y que no soy yo”; como digo, esa línea creativa de Atencia enlaza con el centro medular de la conferencia “Mundo real y mundo poético” de Pedro Salinas. Allí se puede leer lo que sigue: “La poesía es una mística de la realidad. El poeta mediante el verbo no expresa la realidad sino que participa de ella. El poeta es un cultivador de grietas. Fracturar la realidad aparente o esperar que se agriete, para captar lo que está más allá del simulacro”.

En esta misma línea, en su último poemario “Escritos en la corteza de los árboles”, la poeta sevillana Julia Uceda hace una magnífica introducción en donde reflexiona acerca de la labor de la creación poética y que enlaza con precisión artesana con la propuesta de Atencia. Escribe Uceda: “La creación poética, es un acto de palabra creadora al nombrar lo que no estaba nombrado todavía .../... En algunas culturas llaman a lo que aún no es ni tiempo ni espacio “el tiempo del sueño”.../... Entre cada espacio, un hueco de silencio. O de tiempo. Estos espacios se encuentran en la mayoría de los poemas.../... Quien escriba poesía, o eso crea o intente, es una persona desamparada que no sabe por dónde va ni adónde, ni quién le empuja, ni qué busca, ni cómo encontrar la palabra adecuada para nombrar lo que permanece en el silencio”, dice Uceda.

“De una taza no me importan su asa o su cuenco, sino el vacío que la colma.../... Lo que me conmueve de la taza, que he citado, es su adentro vacío.../... El poema es un salto al vacío. Porque lo que busca la poesía es “abandonarnos” en esa especie de “nada” que no es una falta de consistencia sino de referencia”, dirá Atencia.

Ambas, Uceda y Atencia, siguen, a su vez, la estela de aquello que ya señaló, como adiestrado argonauta, nuestro Nobel, Juan Ramón Jiménez: “Inteligencia, dame / el nombre exacto, y tuyo, / y suyo, y mío, de las cosas”. “Es piloto de aviación”, insiste Atencia en su biografía. Es la gran alegoría del vuelo que propone María Victoria, como mística de la realidad, ese instante en el que el piloto, al igual que el poeta, salta al vacío, se abandona a la inmensidad de la nada, bajo el alejamiento de referencias, de raíces, hasta adentrarse en la búsqueda del nombre de las cosas, entregado a la pérdida de puntos cardinales, de las direcciones que conforman el sistema de referencia cartesiano de orientación y que Atencia describe magistralmente en el poema “Estrofa 24” (De “El mundo de M.V. -1978-“): “Amor mío, sin cuevas de leones enlazado. / Colores más antiguos retornan a mis ojos / y el tiempo los confunde sobre mi azul filial. / ¿Dónde hemos de asentarnos si hay cinco orientaciones / cardinales y elijo con pasión la del vuelo?”